

PROYECTO DE DECLARACION

La Honorable Cámara de Diputados de la Nación

DECLARA

Su enérgico y categórico repudio a los crímenes de guerra, violaciones sistemáticas a los derechos humanos, ejecuciones extrajudiciales, saqueos, secuestros y prácticas de terror masivo perpetradas por el denominado Cuerpo Africano —unidad militar rusa sucesora del grupo Wagner— en territorio de la República de Malí; así como su profunda preocupación por la responsabilidad directa del Estado ruso en estas atrocidades.

Que manifiesta su solidaridad con las comunidades civiles — particularmente el pueblo fulani— sometidas a violencia étnica, persecución, tortura y desplazamiento forzado, y exhorta a los organismos internacionales competentes a investigar, documentar y sancionar estos crímenes que vulneran el derecho internacional humanitario y constituyen una afrenta a la conciencia moral de la humanidad.

Que reafirma el compromiso de la República Argentina con la defensa irrestricta de la libertad, la dignidad humana y el orden internacional basado en reglas, repudiando toda forma de colonialismo moderno, mercenarismo estatal y proyección militar que utilice el terror como herramienta de dominación.

Firmante: Gerardo Milman.

FUNDAMENTOS

Señor Presidente:

Lo que hoy acontece en Malí no es un episodio aislado ni un desvío excepcional: es la continuidad de un patrón histórico de intervención autoritaria que Rusia ha desplegado a través de fuerzas regulares, parapoliciales o mercenarias —desde Chechenia a Siria, desde Ucrania al Sahel— acumulando un prontuario de crueldad sistemática. Las denuncias recogidas por la prensa internacional y organismos humanitarios revelan un cuadro inequívoco: ejecuciones en masa, desapariciones, violaciones, saqueos, decapitaciones y mutilaciones cometidas por el Africa Corps, heredero directo de Wagner, bajo mando y financiamiento del Ministerio de Defensa ruso. La sustitución de un nombre no ha modificado el método porque el método es el régimen.

Malí se ha transformado en escenario de un colonialismo militar del siglo XXI: un Estado debilitado que delega su seguridad en fuerzas extranjeras opacas, financiadas por acuerdos secretos y habilitadas a operar sin límites, sobre territorios donde la población civil vive atrapada "entre la espada y la pared". Esta dinámica reproduce la lógica más perversa del autoritarismo: someter a comunidades enteras bajo la sospecha colectivista del enemigo interno. El pueblo fulani — históricamente marginado por el centro político maliense— ha sido convertido en categoría de sospecha, una lógica que los totalitarismos del siglo XX conocieron demasiado bien: la culpabilidad por identidad, no por acción.

Desde una perspectiva liberal y republicana, el horror que hoy padece el Sahel no es solo un drama humanitario: es la confirmación de que allí donde retrocede la libertad, avanza la violencia; allí donde el Estado renuncia a límites, emergen los verdugos; allí donde el poder se concentra sin control, la persona humana se vuelve prescindible. Lo que

Rusia exporta al corazón de África no es seguridad: es una tecnología política del miedo, una estrategia militar basada en el terror, en la deshumanización del adversario y en la destrucción deliberada del tejido social para controlar territorios ricos en recursos naturales.

La caída del orden democrático en Mali, Burkina Faso y Níger ha generado un triángulo de gobiernos militares que rompen vínculos con Occidente y se entregan a la tutela rusa, repitiendo un patrón que la historia ya ha registrado en otras regiones: cuando la democracia retrocede, el autoritarismo externo siempre encuentra la puerta abierta. Las consecuencias son previsibles: más guerra, más pobreza, más desplazados, más muerte.

La Argentina —que conoce el precio del silencio y el costo moral de mirar hacia otro lado— no puede permanecer indiferente ante crímenes que la comunidad internacional describe con palabras que helan la sangre: aldeas incendiadas, niñas secuestradas, hombres ejecutados sin juicio, bebés abandonados en la huida desesperada, y hasta cuerpos mutilados para traficar órganos. El testimonio de los refugiados en Mauritania constituye un grito que interpela a quienes creemos en un orden internacional basado en la libertad, la dignidad y el respeto irrestricto por la persona humana.

La defensa de la libertad no es un principio local, es un valor universal. Y cuando ese valor es hollado por el mercenarismo estatal, por la militarización del terror y por el autoritarismo más brutal, callar es ser cómplice.

Por todo lo expuesto, solicito a mis pares el acompañamiento del presente proyecto.

Firmante: Gerardo Milman.